

Nos referimos a preguntas no resueltas suficientemente acerca, por ejemplo, de por qué se decidieron a invertir los empresarios barranquilleros en la industria; o acerca de las causas del declive industrial de la ciudad; o sobre el papel desempeñado por los grupos sociales —de arriba y abajo— en el desarrollo de una ciudad, para no hablar del plano político, tan determinante en todos los aspectos de la vida urbana barranquillera.

Por eso Posada Carbó nos advierte de entrada que se trata de una invitación a la historia de Barranquilla. Eso es lo que una ciudad sedienta de historia como ella necesita: muchas más invitaciones a reconstruir historias. ¡De esos ensayos irá saliendo la Historia!

MAURICIO ARCHILA NEIRA

## La correspondencia de dos hace historia

Santos y López de Mesa. Sesenta años de historia nacional

Javier Gutiérrez Villegas

Universidad de Antioquia, Medellín, 1984, 346 págs.

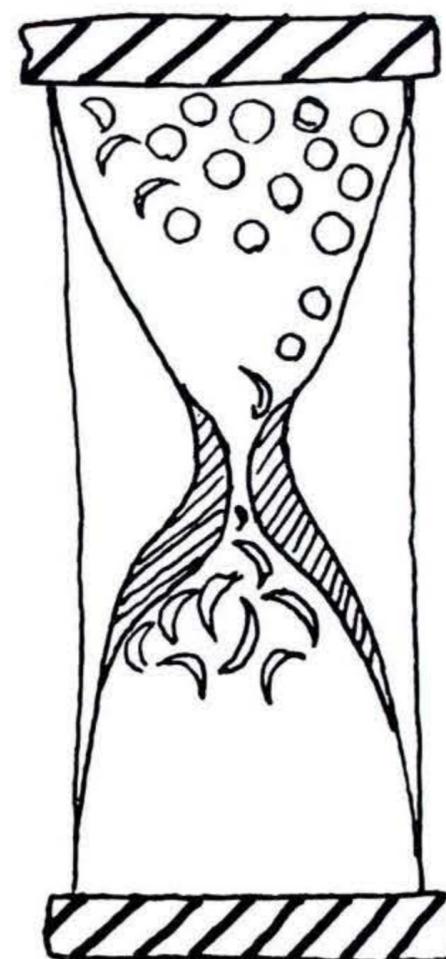
En su obra Javier Gutiérrez intenta recrear más de medio siglo de historia colombiana, tomando como eje conductor la relación amistosa entre Eduardo Santos y Luis López de Mesa. Esta es abordada a través de la nutrida correspondencia entre los dos personajes, gran parte de la cual fue donada a la Academia Antioqueña de Historia en la década del setenta. Gutiérrez no se limita a esta única y novedosa fuente; por el contrario, teje una red apoyándose en otras fuentes primarias y secundarias, red que permite al texto tener agilidad y coherencia en la narración, a tal punto que muchas veces no se sabe si habla Santos, López de Mesa, algún otro actor de la

época o el mismo Villegas. En este sentido no existen párrafos forzados sino un continuo fluir que sitúa el contexto en que se ubican la correspondencia y los hechos políticos más determinantes durante casi seis decenios: 1909-1967.

La amistad de Santos y López de Mesa transcurre teniendo como telón de fondo una compleja gama de procesos políticos, económicos y sociales. Pertenecientes ambos a la generación del Centenario, miembros del partido liberal, el uno abogado y el otro médico, trabaron amistad a finales de la dictadura de Rafael Reyes y recorrieron caminos paralelos en el campo de la política y la administración pública, presenciando el arduo proceso de modernización que ha sacudido al país en el presente siglo. Fueron testigos del declinar de la hegemonía conservadora y del surgir de la república liberal; vivieron el período de la violencia que azotó al país en el 50, y participaron del proceso de "reconciliación partidista" que inició el Frente Nacional, el cual dejó, sin embargo, un amargo sabor en ellos, cierto pesimismo frente a la enloquecida "politiquería" de la elite.

Sorprende a veces la visión tan idealizada que Gutiérrez delineó de estas dos figuras, el tipo de correspondencia que eligió para dar estructura al libro, los comentarios que hace y las conclusiones que va desprendiendo en el desarrollo de la temática. En realidad, Santos y López de Mesa aparecen como dos personajes sin mácula, por encima del bien y del mal, defendiendo siempre intereses y metas sociales. Esto nos hace recordar a Rodolfo de Roux cuando afirma que los "héroes de bronce", que los textos de historia nacional presentan a los niños, son héroes con los que es difícil identificarse en la medida en que son inabordables, inimitables, dado su grado de perfección<sup>1</sup>.

Este empeño por mostrar una imagen ideal es más explícito a raíz de las acusaciones de indiferencia hechas a Carlos Lleras Restrepo, Luis López de Mesa y Eduardo Santos —cuando aquellos ocupaban cargos públicos bajo la presidencia de éste—, indiferencia respecto a la defensa del canal



de Panamá en la época de la segunda guerra mundial y las negociaciones pertinentes a la adquisición a favor de Colombia del 51% de las acciones de Avianca. Gutiérrez Villegas se esmera en mostrar la inocencia de éstos, no sólo transcribiendo sus cartas de defensa, sino reforzándolas para que el lector quede convencido de ello. Refiriéndose a la reacción de Santos frente al problema, Villegas afirma: "Y sabedor de la probidad, del buen juicio y del sentido patriótico de las gestiones de sus ministros López de Mesa y Lleras Restrepo, recibió los acerbos ataques con desdén" (pág. 269).

Desde otro ángulo, existe un elemento que da cierta artificialidad al texto. La vida de estos dos hombres y su desempeño en la vida política, así como la de personajes cercanos a ellos, no parece tener clara relación con la historia nacional —tal como pretende el libro—; más bien parece la historia cerrada y artificial de una elite que obra y se mueve en una especie de subesfera en donde el país nacional se percibe de manera difusa.

<sup>1</sup> Rodolfo, de Roux, "Acerca de la historia que se enseña a los niños", en *Revista Educación y Cultura*, núm. 10, Bogotá, 1987.

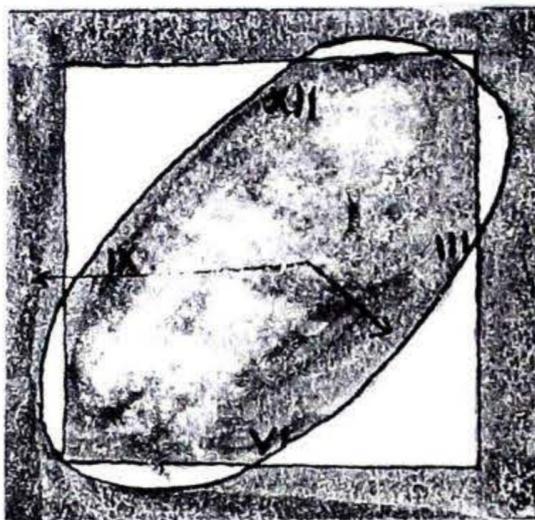
No en vano historiadores como Christopher Abel, Aline Helg, Germán Colmenares, destacan la gran distancia que siempre existió entre el pueblo y sus clases dirigentes, y como estos últimos se mueven en torno a intereses particulares y no de carácter nacional. Las referencias a problemas económicos y sociales son escasas. Todos los conflictos parecen estar envueltos en el velo de la política bipartidista. Las alusiones al pueblo muestran desprecio; o está preso de ignorancia o de taras genéticas que constituyen un obstáculo al proceso de modernización, interpretaciones que eluden el problema de considerarlo como actor político. En síntesis, la sociedad en su conjunto aparece en el trasfondo más como escenario pasivo en el que se mueven los protagonistas, que como contexto explicativo de su actuar.

El aporte del texto de Villegas al campo de la historia de las ideas tiene validez y mérito en cuanto al tema, al manejo documental y a la cuidadosa redacción, pero presenta, no obstante, deficiencias respecto al análisis mismo de la correspondencia, el cual es importante para identificar las formas de pensar, las visiones del mundo, avanzando más allá de las descripciones que se quedan en el sentido común. En otras palabras, Gutiérrez no dice más allá de lo que dicen los personajes sometidos a estudio. Es por esto, quizá, por lo que las imágenes resultan impecables, porque no se alejan de la mirada que sobre sí mismos y sobre los acontecimientos tienen los personajes que se pretende historiar. Y, en este aspecto, las otras fuentes de las que "echa mano" sólo confirman las acepciones simples que sobre los procesos sociales y políticos parecieran tener en ocasiones estos dos representantes de la clase política del país.

Aunque la utilización del género epistolar para fines de análisis histórico significa, sin lugar a dudas, un intento novedoso en la historiografía nacional, es preciso avanzar en el terreno interpretativo, con el objeto de dar calidad al tratamiento de este tipo de documentación. En este sentido, el trabajo de Gutiérrez Villegas señala un camino que habrá que

abordar con mayores herramientas conceptuales, pero cuyas perspectivas se vislumbran como prometedoras para el análisis histórico y en particular para la historia de las ideas.

MARTHA CECILIA HERRERA C.



## Historias de conquista

San Juan de Pasto: siglo XVI

Emiliano Díaz del Castillo

Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1987,  
334 págs., 7 ilustraciones

En conmemoración de los 450 años de la fundación de la ciudad de Pasto y con el motivo de recibirse como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, Emilio Díaz del Castillo redacta una historia de conquista cuyo personaje central lo constituye la gesta avasalladora de Sebastián de Belalcázar y los conflictos por el poder y el dominio de los territorios y tesoros expropiados a las sociedades y culturas americanas (hatunllatas, pastos, sindaguas, paeces y pijaos) entre los conquistadores que habían establecido su gobierno en Quito, Lima y Popayán. El autor reconstruye los acontecimientos de conquista regional en el siglo XVI mediante documentación tomada de los cronistas de Indias, archivos notariales y parroquiales, archivos de Sevilla y Simancas (España), del *Libro primero de cabildos de Quito* y de los denominados por el autor historiadores primi-

tivos. Desde esta documentación insiste en precisar las fechas de "poblamiento" (entre el 20 de febrero y el 16 de marzo de 1537) y "fundación" (el 19 de agosto de 1537), así como la erección en ciudad leal a la corona española (17 de junio de 1559) y la reivindicación de Sebastián de Belalcázar como fundador "legítimo".

El autor recurre a una paciente labor de confrontación documental para precisar la gestión histórica que dio lugar a la existencia de su ciudad natal, desde una mirada que privilegia la labor de conquista y colonización —indubitable avatar etnocida— que ha marcado primordialmente la indagación y redacción histórica de carácter académico-oficial.

Nos encontramos ya a poco tiempo del quinto centenario del nominado "descubrimiento de América", y aún se sigue mirando la historia del continente desde el avalar la invasión. Por estos días la Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic) ha convocado a la realización de una Campaña de Autodescubrimiento de América, con el fin de reflexionar "sobre la situación actual de todos los sectores sociales de nuestro país, especialmente los indígenas después de quinientos años de invasión, genocidio y evangelización"<sup>1</sup>; lo cual contrasta notablemente con las actividades y el punto de vista oficiales respecto a recordar lo acaecido azarosamente el 14 de octubre de 1492.

El texto de Díaz del Castillo, en su documentación presentada, permite apreciar algunas actitudes y simbolismos propios del conquistar, generadas por sus actores al activar su voluntad de dominio en la constitución de territorialidades de poder. Varias de ellas se pueden mencionar: Los "cronistas de Indias" y los escribas elaboran una discursividad en la cual se pone en práctica un orden de Verdad que no corresponde siempre y necesariamente con la veracidad del acontecimiento histórico; por el contrario, da cuenta de un plegarse a un conflicto por el poder desde el cual se redactan los acontecimientos.

<sup>1</sup> Onic, Boletín núm. 1 de la Campaña de Autodescubrimiento, pág. 1, Bogotá, 1988.